

Evolución acelerada

Chesterton se refiere en su «Ortodoxia» al hombre «a quien mis amigos describen contradictoriamente»: unos como blanco, otros como negro; unos aseveran que es alto, mientras otros afirman que es bajo; unos, que obeso; otros, que delgado. «Puede ser que se trate de un sujeto normal—reflexiona Chesterton—, y que los gigantes lo encuentren demasiado bajo, mientras los enanos lo encuentran demasiado alto. Tal vez los suecos de cabelleras tan pálidas como la estopa le llaman moreno, mientras que los negros le tienen por rubio. En resumen, acaso este tipo extraordinario no sea más que el tipo ordinario, lo normal, lo central».

Quizá ocurra lo mismo con muchos sistemas, muchas ideologías y muchas posiciones ante la vida. Si consideramos el horizonte de «transformismo» económico-social, hallamos dos posiciones teóricas contrapuestas: centralismo, descentralización; evolución social (porque no creemos que sea recomendable la in-evolución o fijismo social) y la revolución. En toda tensión de fuerzas humanas, tanto en el orden de la empresa, como enseña Gerwig, como en el orden de la vida y del espíritu, como demuestra August Adam, el juego de las contraposiciones es siempre fecundo, si se tiene la buena disposición de aceptarlas.

Rathenau, el hijo del insigne empresario germano, por tanto Walter Rathenau, analiza los valores inherentes al conservador y al revolucionario. «Las virtudes del uno son comprensión y fidelidad; las del otro, intuición y creatividad. Los peligros del uno son limitación e inercia; los del otro, dogmatismo y ligereza.» El tradicionalismo da estabilidad al movimiento y al riesgo innovador. «Pero no se olvide que esta propiedad es siempre negativa. El conservadurismo es en apariencia afirmación de la existencia, pero en realidad es negación de la vida y de su crecimiento.»

Es posible deducir que Rathenau no condena toda especie de tradicionalismo, sino el «fijismo» de la problemática humana. (Ni hay oposición entre tradicionalismo y evolucionismo: piénsese en Inglaterra, Holanda, Bélgica, Suiza). Mas he aquí que, si la inmensa mayoría de la humanidad acepta la conveniencia de una dinámica renovadora, el conflicto se presenta entre la transformación explosiva, que llamamos revolución, y la transformación progresiva que llamamos evolución. Al-

gunos socioeconomistas pretenden inferir que no hay progreso sustancial mientras no se operen paroxismos estructurales, movimientos bruscos que sustituyan de un golpe, por acumulada violencia, las formas de existencia económico-social. Y enumeran la revolución francesa, las cuasi revoluciones inglesas, las guerras intestinas de Estados Unidos, la revolución soviética. No es muy persuasivo, porque en dichos países no es siempre del todo claro el nexo entre revolución y recrecimiento socioeconómico.

Además, se podrían contraponer otros fenómenos de despegue económico revolucionario, sin revolución: Australia, Bélgica, Suecia, Holanda... Es posible que una revolución social fuerce una reestructuración económica, que genere una expansión y redistribución de la renta. Como es posible—mejor dicho, fue posible—que una guerra multiplicase la riqueza de un país conquistador. Hay que juzgar de la oportunidad de las revoluciones, con análogo criterio a la conveniencia o justificación de las guerras. Ni cabe condenarlas por principio—mientras se trate de las defensivas—, ni aceptarlas fuera de situaciones límite. Y, aun en caso de situación extrema, hay que contar con seria probabilidad de victoria, lo que en caso de revolución significa poseer un programa, unas estructuras e instrumentos que mejoren las condiciones sociales opresivas, hipótesis con frecuencia de dudosas perspectivas.

Ahora bien, si el historiador, el moralista, el sabio y el político llegan a desaconsejar la revolución social, con sus cambios de estructuras: reforma agraria, con redistribución de explotaciones rústicas, cooperativas y socializaciones impuestas, dirección centralista imperativa de la producción, reparto de la renta conforme a la necesidad de cada uno, más que conforme al servicio prestado: si el éxito de estas medidas resulta, ante la sabiduría, negativo o dudoso, el verdadero sabio tratará de investigar algo más, a saber, la capacidad popular de resistencia ante el pronóstico de una revolución que se cree liberalizadora. No son raros los hombres sensatos que urgen para ciertos países sudamericanos una *aceleración* en la transformación económico-social, a fin de evitar la revolución destructora.

Hay partidarios de 225 «años de paz» que piensan si un ritmo mayor en el proceso evolutivo de lo social, no garantizará mejor una larga secuencia de paz, que una evolución retardada.

En los Coloquios Públicos del ICAI, celebrados esta primavera, hemos advertido una incandescencia «transformista» en el campo de lo económico-social, al menos dentro de la concurrencia situada entre los veinte y cuarenta y cinco años, que era la mayoría de la asistencia global. Nosotros, que somos partidarios de un Plan Indicativo, como el que se nos ha brindado, que dudamos de la eficacia de los cambios de estructura súbita en el ámbito empresarial, y que, finalmente creemos en la conveniencia de injertar la solidaridad social y en la dirección gubernamental en la esfera de la iniciativa privada—sin asfixiarla—, hemos sacado en conclusión, al comprobar la ola revolucionaria de reforma social que estremece a las generaciones jóvenes y adultas, que acaso la única solución justa consista en el sabio compromiso de una *evolución acelerada*, en que se conjunte lo bueno de la revolución con lo mejor de la evolución. Más aún, acaso la única revolución apre-

miente y salvífica sea un cambio profundo de sensibilidad y postura, más que de estructura.

Al sugerir esta consigna, uno se desprende quizá de unos y otros. Puede uno enajenarse la simpatía de los que claman por la revolución social, y perder la adhesión o la fe de quienes se contentan con una mesurada evolución. En la dinámica psicológica de las gentes es expuesto el no tomar partido por ningún extremo. La afiliación tiende a absolutizar y, en consecuencia, se expone a desconocer las virtualidades existentes en las demás afiliaciones. El oficio del experto, el deber humano, es, sin embargo, nutrirse con los valores que circulan por todo el plasma social. Es una paradoja que quien atisbe todo lo popular y valioso que entraña la vida de sus semejantes—de todos ellos—, se vuelva menos popular. Si esto sugiere cierto pesimismo, quede compensado con el saldo de optimismo que arroja la mera enunciación del conflicto que hoy se plantea: no entre «Conservación y Evolución», sino entre «Evolución y Revolución». ¡La evolución está acelerada!

M. SÁNCHEZ GIL